

Sionas-Secoyas: Memoria oral e historia

P. MIGUEL ÁNGEL CABODEVILLA

Presentación

Un grupo de jóvenes sionas-secoyas, en sus poblados del río Aguarico (Amazonia ecuatoriana), se han propuesto recuperar su propia historia, geografía, en fin la cultura milenaria de su pueblo. De la gran nación que los conquistadores españoles llamaron Encabellados, en la actualidad apenas quedan unos 300 en territorio ecuatoriano y hasta un total aproximado de 2.000 si tenemos en cuenta todas sus ramas en los territorios nacionales de Colombia y Perú.

Los primeros testigos occidentales hablan en el siglo XVI de esta nación que se extiende por las cuencas de los ríos Napo y Putumayo. Desde ese momento comienza no solo su retroceso poblacional y territorial, sino también la usurpación de sus pautas culturales. Hasta hoy mismo estos descendientes de lo que se ha venido llamando Tucano Occidentales observan cómo progresivamente, toda su visión del mundo ha sido suplantada, sucesivamente robada por muy diversos conquistadores. De pronto se ven como si fueran plantas arrancadas de su propia tierra, como gentes privadas de memoria y, por tanto, de identidad.

Ahora, cuando todavía es tiempo, estos jóvenes quieren volver a las fuentes de su pueblo. Por eso escuchan a sus mayores que atesoran el prodigio de la memoria oral, la sabiduría más entrañable destilada y evolucionada con los años. Lo que presentamos son muestras de ese esfuerzo; las antiguas tradiciones se confían a otros métodos, quizá más eficaces o necesarios, el dibujo, la escritura, las imágenes. Así van renaciendo su popular geografía e historia, una moral y una economía secoyas.

Los jóvenes no se quedan inmóviles mirando hacia atrás, pero necesitan estar bien parados en su propia tradición para caminar hacia el futuro.

Este trabajo de investigación fue realizado en los años 1987-1989 en los poblados secoyas San Pablo de Cantesiayá y Siecoya (río Aguarico), provincia Napo -ahora provincia Sucumbíos, Ecuador.

Nº 1,2,3 Narradora: Joaquina Piaguaje, vive en Siecoya.
Investigación y traducción: su hijo César Payaguaje, Siecoya.

Nº 4 Narrador: José Cecilio Piaguaje fallecido.
Investigación y traductor: su hijo Celestino Piaguaje, residente en Siecoya.

Nº 5,6,7,8 Narrador: Fernando Payaguaje, curandero de S. Pablo de Cantesiayá.
Investigador y traductor: sus nietos Jorge Lucitande y Alfredo Payaguaje, residentes en San Pablo de Cantesiayá.

Nº 9 Narrador: Alberto Payaguaje, curandero de Siecoya, actualmente residente en Huajoyá, Perú.
Investigador y traductor: Celestino Piaguaje, Siecoya. (Por mi parte me limité a corregir la versión castellana).

1º Secoyas del bajo Napo o de abajo

En el bajo Napo, en las riberas de su afluente Ereyá (que está en la margen derecha), vivía el grupo secoya *Sétipé pai* (gentes de abajo); ellos utilizaban un dialecto propio. Vivieron ahí mucho tiempo pero con la llegada de los españoles tuvieron muertes y problemas, de modo que decidieron pasar a la margen izquierda del Napo, a una quebrada afluente del Huajoya.

Por esa quebrada habitaban otros grupos secoyas que hablaban diferente dialecto, le llamamos *majé*. A pesar de ello, unos y otros eran considerados como "secoyas de abajo"; fueron numerosos y abarcaron sectores de los ríos Ereyá, Huajoyá bajo, Campéyá, Yubineto y sus múltiples quebradas. Se extendían, pues, entre los ríos Napo y Putumayo.

A todos ellos se les denominaba *Acutêrê pai o*, en su castellanización, angoterós. También les decían *Huejopai* o "gente guerrera". Sufrieron mucho por las matanzas de los españoles y subían por los ríos, escapándose de ellas.

2° Secoyas del alto Napo o de arriba

En el alto Napo había otros grupos llamados Piaguajes y Payaguajes. Los primeros se adornaban con plumas de pájaros de colores, también con coronas de esas mismas plumas, de ahí su nombre: Piaguaje, es decir, "adornados con plumas de pájaros". En cambio, Payaguaje significa "gentes con grasa en la cara", pues ellos se pintaban con achiote crudo o cocinado y otros tintes de la selva.

Estos secoya arribeños vivían en las mismas riberas del Napo, que en secoya llamamos *Tupê sá'ro*, nombre que esconde una creencia sagrada. Los límites de su territorio se iniciaban a partir del lugar llamado "Postes hundidos"; más arriba hay en la orilla una enorme piedra que semeja una cara de persona, los secoya le llamábamos *Pai quênápê* o "gente de piedra"; ahora los castellanos le dicen Cabo Pantoja.

Surcando Napo arriba llegaríamos al que fue otro pueblo secoya, Suniñá, que ahora llaman Yasuni; era un gran pueblo del grupo Piaguaje. Ahora son puros mestizos los que habitan por ahí. Otro pueblo que fue secoya se llamó Capeo-tinini; los mestizos por no poder pronunciar le llamaron después Tiputini y así sigue hasta hoy. Por la margen izquierda y hasta el Coca había cuatro pueblos secoyas, todo eso era territorio de nuestros antepasados.

3° Siecoya o Secoya

En el río Huajoyá había una quebrada en su margen derecha, entre el Napo y el Aguarico. Los Piaguaje la llamaron Aguas Negras hasta que un día encontraron allí unos personajes que vestían túnicas con rayas multicolores; había también en ese sitio caña brava asimismo con rayas de arco iris, de esas plantas salían pájaros azulejos grandes y pequeños. O sea nacían de esas plantas.

Los Piaguaje les preguntaron:

- ¿Quiénes son Uds.?, ¿a qué grupo pertenecen?

- somos Ñañê siecopai, -dijeron ellos-. O sea tribu del cielo con túnicas de rayas multicolores.

- ¿Nos permiten quedarnos aquí?

- Sí, -dijeron aquéllos-.

Los Piaguajes quedaron una noche y un día, se pusieron a socolar y a tumbar para hacer chacras a su lado. Después regresaron de nuevo para seguir los trabajos e incluso invitaron a otros hablándoles de esos personajes. Los Ñañê sieco les advirtieron que no hicieran una chacra tan cerca porque esa era su área. Sucedió además que las menstruaciones de las mujeres Piaguaje les molestaban porque sus mujeres, como gente del cielo, no las sufrían. Por ese motivo les prohibieron acercarse. Los Piaguaje regresaron a sus casas hasta que sus mujeres menstruaran y también para aprovisionarse de víveres y poder permanecer más tiempo en aquel lugar.

Pero al regresar vieron que la gente del cielo había abandonado sus viviendas, las plantas de adorno, las chacras de caña brava de donde salían los azulejos, sus guadúas para hacer lanzas y flautas que eran también multicolores. Igualmente el maíz y la caña de azúcar que tenían de muy lindos colores. Además los Piaguaje encontraron solamente dos plantas guadúa para hacer flauta y apenas una planta de caña brava. Nadie supo qué sucedió o a dónde se habían ido, supusieron que volverían al cielo.

De todas formas ocuparon aquel sitio abandonado, más al querer adueñarse de las plantas de colores los abuelos contaban que todas las plantas habían muerto. En ese preciso lugar vivieron mis abuelos, era la desembocadura del Aguas Negras en el Huajoyá pero desde entonces le llamaron Siecoya, es decir "quebrada multicolor".

Todo esto me contó mi tío Esteban Piaguaje que murió en la cabecera del Siecoya. El vio ese lugar sagrado y yo también lo vi. Cuando me lo contaba yo tendría apenas siete años, no tenía ni senos todavía. Por último mi tío decía que los Piaguaje tomaban mucho yajé y por eso aprendieron más que los demás a ver visiones y a curar a la gente. Esto no más es lo que contó.

4° Huajoyá, el río de la guerra

Este río antiguamente se llamó Sotoyá porque era un río un poco blanco y le pusieron ese nombre, que significa "río de arcillas". Pero después de la pelea le pusieron así, "río de la guerra", eso quiere decir Huajoyá. Para nosotros ese es su nombre hasta hoy. La pelea surgió porque algunas gentes del río grande (Napo) habían co-

1 En lenguaje secoya los atacantes se llaman *Aguê*, se decir, "Blancos", Quienes hacían las guías *Jaiya pain*, "gentes del río grande". Quiere decir que se trataba también de secoyas (pain, gente) que habitaban a orillas del Napo reducidos allí seguramente por los misioneros.

nectado con gente blanca, invasores; hacían de guías para ellos y venían a hacer mal a los secoyas. Con lo poco que sabían de español y ya se creían más que nadie y traían a aquella gente aquí. Los secoyas no querían que les molestasen pero los blancos los maltrataban, los hacían trabajar, los perseguían. Así comenzó la pelea, a veces se atacaban con las canoas en el río, otras les flechaban o lanceaban; se mataban mutuamente.

Cuenta la historia que en una lomita de ese río había un pueblito secoya. En el camino de subida prepararon troncos muy pesados tapados con espinos, la gente estaba escondida detrás en unas trincheras. Cuando vieron que de nuevo venían los blancos a invadir armados de escopetas y comenzaban a subir la trocha, les empujaron los troncos encima, aplastándolos. Después los lancearon. Esa fue la guerra que cambió al río de nombre.

Sin embargo los españoles le llamaron Santa María, le dieron ese nombre los misioneros que penetraron en la zona. Los jesuitas llegaron catequizando a la gente, llevando la civilización de los blancos. Ellos fueron quienes les hicieron salir hasta la ribera del Napo para vivir. Mi abuelo contaba que esos misioneros iban por todas las casas, estaban dos días o hasta una semana catequizando, enseñando a rezar a la Virgen según su doctrina.² Pero como era gran trabajo pasar de una a otra casa, decían a la gente de salir a la orilla del Napo, para que puedan vivir cerca de la iglesia.

Les obligaron a salir pero fue para mal porque la gente que ha vivido en la selva no está vacunada, entonces les azotaron diferentes enfermedades: viruela, sarampión, tosferina y gripe. Se contagiaban y morían, cantidad de gente murió así.

2 Hay un héroe cultural secoya Siose'e que suele aparecer guerreando en esta ocasión. En todo caso no se puede precisar a qué momento se refiere. Uno de los conflictos más conocidos en esta zona es el causado por las tropas del capitán Texeira en 1638, con ocasión de su viaje entre Pará y Quito. En la memoria secoya queda desde muy antiguo el recuerdo de los primeros misioneros. Se evidencia en la permanencia de algunas palabras cuyo significado exacto desconocen hoy día, por ejemplo la palabra Jesuita o la exclamación de uno de sus héroes al morir: "¡Jesús y María!". Se trata de Huajocone. Las reducciones jesuíticas del siglo XVIII a orillas del Napo, Aguarico, Huajoyá, etc, dejan ver su influencia

5° Como conseguían la sal

Antiguamente los grupos secoyas no conocían la sal. Hacían la comida simple, cocinaban la carne en agua y solamente le ponían ají. Vivieron así muchos años. Más tarde llegaron unos señores de la parte del Perú y otro llegó del Ecuador (pero les digo que entonces no conocíamos ni Ecuador o Perú porque no había límites ni existían blancos, solo gente; la nación secoya era extensa, comenzaban sus pueblos desde la bocana del río Coca y llegaban hasta la del Huajoyá)... esos hombres que llegaron eran nativos quichuas, traían sal de granos.

Se admiraban viendo comer sin sal y preguntaban:

- Amigos, ¿ustedes comen sin sal?
- nunca comimos con sal, ni siquiera la conocemos -les contestaron-. Al oír esto uno que llegaba de abajo les regaló unos trozos de sal y les contó a la gente que por la zona de Iquitos existen cerros de sal.
- Vengan conmigo, yo les llevo para que puedan traer.
La gente se puso de acuerdo y viajaron cuatro canoas, el sitio de partida era la desembocadura del Aguarico. Salieron muy de mañanita y la noche les cogió llegando al río Huajoyá; así fueron viajando, en una semana llegaron a Iquitos. Allí había unos mestizos que hicieron preguntas al hombre que acompañaba a los secoyas. Les respondió:
- Traigo a estos señores para que lleven sal para su consumo, les invité porque comían sin sal.

Entonces ellos les prestaron un hacha para poder partir la sal y les dejaron partir aguas arriba durante tres días. En esa zona existe un río caliente. A la llegada al lugar donde se encuentra la sal cascadas en el río. Dejaron las canoas allí y algunos regresaron, pero los más siguieron por tierra hasta llegar al lugar. La primera cascada es pequeña, la segunda es más alta.

Para bajar se construyen grandes balsas, en ellas se ponen los pedazos de sal amarrados fuertemente en los palos. En ese lugar se veía a los nativos quichuas en gran número, como gallinazos, recogiendo sal. Al día siguiente bajaron dos balsas llenas. Cuando se aproximaban a la caída de agua la gente se preparó, sentándose firmemente de espaldas unos contra otros, amarrados con sogas. Se precipitaron por la cascada y se clavaron con toda la balsa dentro del agua. A 200 metros fueron a rebalsar porque la corriente es muy fuerte. La segunda que venía también se clavó y salieron vivos. La otra cascada la pasaron tranquilamente, sin miedo, porque ya habían superado la más peligrosa.

Llegaron a Iquitos, embarcaron la sal en sus canoas y lo que sobró lo dejaron encargado a un mestizo que allí vivía. Dejaron eso para que otros fueran a traerlo. Ese viaje duró un lapso de tres meses completos. Al regresar al poblado contaron que parte de la sal la dejaron en Iquitos, que otros fueran a traer. Viajaron otras tres canoas.

Así es como encontraron la sal. Los sionas bajaron de Aguarico trayendo rollos de chambira y eso cambiaron por sal.

6° Las casas secoyas

Antiguamente el pueblo secoya vivía en enormes casas con bastantes familias dentro de cada una. El piso era el propio suelo, la gente dormía colgando sus hamacas en los costados, alrededor de la vivienda. Nadie dormía en el suelo. La parte del medio de la casa era un espacio grande, libre.

Esa construcción la realizaban entre todos los que vivían, se ponían de acuerdo para hacerla. Algunas personas que querían vivir solos construían casas individuales de piso alto. Cada casa grande tenía una autoridad o jefe, el *curaca*, él daba la orden de construir y todos obedecían. También era conjunto el trabajo de las chacras; cuando ya estaba quemada, lista para sembrar, el jefe dividía un área para que cada familia hiciera su sembrío. Igualmente mantenían la chacra limpia entre todos, unidos; así trabajaban sin sufrimiento ni mayor dificultad porque se ayudaban unos a otros.

Todas las personas mayores tomaban *yocó* en la madrugada. El primero que se levantaba tomaba *yocó* y se ponía a torcer *chambira*. Después se iban levantando todos a tomar, también el jefe; mientras torcían *chambira* éste conversaba y organizaba el trabajo o las actividades de ese día. De la misma forma los jóvenes tomaban *yocó* y aprendían a torcer *chambira* junto a los mayores. Muy pocas mujeres tomaban *yocó*.

Así hacían antiguamente.

Después comenzaron a construir casas individuales, ya no querían hacerlas grandes. Cuando yo vivía en el río Secoya teníamos una casa grande con piso en el suelo. Solo los que salían al río grande, al Napo, imitaban a los quichuas y construían casas de piso alto. Es que a orillas del Napo había mucho zancudo y hacían las casas altas para protegerse. Pero todavía en ese tiempo muy pocos secoyas imitaban a los quichuas.

Ahora las casas son muy diferentes, son de madera y cinc. Para mí es preferible vivir en casas de paja como antiguamente porque las de madera son muy calurosas en días de sol. En cambio las casas de paja son muy frescas.

7° El conocimiento y la ciencia de tomar yajé

Cuando era niño estaba sin probar yajé, solamente veía que tomaban los ancianos. Había uno que conocía a los ángeles por medio de visiones, él trajo un yajé de otro lugar y lo cultivó. Un día preparó ese yajé y lo cocinó mucho. Por primera vez tomé y me asusté porque el efecto fue muy fuerte. Me quedé como dormido toda la noche, al día siguiente, cuando el sol estaba casi al medio día, me desperté. Así pasa cuando se toma por primera vez, coge muy rápido la *chuma*. Solo esa vez tomé duro, otras veces apenas probaba, poco a poco en pequeñas tacitas.

Pasé a vivir en otro sitio y tomaba también poco y no del fuerte y espeso cuando está bien cocido. Poco después, dejando el lugar y la casa fui a vivir a una quebrada donde comencé a tomar en serio. Cuando una empieza así se siente más capaz y se aficiona. Entonces tomé varias veces sin cansarme, tomaba y vomitaba sin tener miedo. Terminé todas las plantas de yajé que había sembrado. Acabé tres rastrojos, pero a pesar de eso no sentía, no tuve visiones. Solo al final de las tomas pude verlas.

La primera vez vi a las mariposas que venían y al acercarse eran personas. Creí que esos eran los ángeles que otros contaban. Al iniciarse las visiones se conocen las mariposas, pájaros de lindos colores... Uno se pone orgulloso pensando: ya puedo sentir visiones. Y es cierto. Pero yo no lo dije, solo vivía viendo.

Un día mi papá preparó la otra clase de yajé, la de flores azules, bien espesa; tomé y quedé inconsciente. Me revolcaba sin sentir. Al día siguiente pude al fin conocer en realidad: vi allá en el cielo al sol, al arco iris... vi todas las cosas del mundo y del universo. Más tarde probé el *huanto* cocinado, con eso terminé de conocer toda la capa bajo la tierra hasta lo más profundo. También vi el cielo, después las entrañas del río. Al día siguiente todavía seguía viendo a los tigres, a los diablos de todas clases. Cuando termine pasé al río y vi los caimanes, boas, tigres de cangrejos, tigres de camarones, de ahí pasé hasta el mar y terminé de ver todo.

Después de observar el cielo, pasé más allá y entonces venían unas personas a encontrarme y me decían:

Aquí no se puede venir, es lugar de muerte. Vamos a regresar.

Cogieron una oropéndola, la soplaron poniéndola en mi hombro y regresé al instante. Cuando subí al cielo me decían: De la vuelta alrededor del techo de cinc. Obedecí y di la vuelta entera vine a parar al mismo sitio. Comencé desde otro punto y asimismo acabé en el punto de partida. Cuando lo ve desde abajo parece como el

techo de una casa, pero si sube más arriba lo ve como la olla puesta boca abajo, en redondo. Así le hacen mirar el mundo desde arriba.

Uno ve así, pero allá arriba no se divisa cosa alguna porque no existe nada. Allí viven los diablos de dardo colorado, sus caminos pueden verse como hilos de algodones. El filo del cielo queda como a 50 metros, allí tienen sus casas, apartados. De una sola mirada puede uno conocer a las dantas, puercos, sajinos, a los tigres perseguidores de puercos, todas las diferentes clases de tigres.

Tras eso uno tiene facilidad para ver sin tomar mucho, incluso si tomas yocó se puede oír el ruido que hacen los ángeles. Por eso uno puede hacer sonar flautas en un momento cogiéndolas del mismo aire, solo cuando llegan los ángeles. El que pita puede ver a la gente, pero los otros no ven nada. En la época que cantan las chicharras los ángeles están en los árboles; en tiempo de verano los ángeles están en el cielo, desde allí se pueden comunicar. Solo en la época de su canto las chicharras pueden traer a los ángeles, cuando bajan las chicharras, los caminos por donde vinieron se pueden ver rojos. Si es así uno nota que son brujos, personas. Las jóvenes garzas también son personas de estatura de 80 cms., las gaviotas son de 50 cms. Yo creía que a los ángeles se les ve grandes, así lo dicen, pero he visto que no son grandes sino pequeños.

El huanto se toma para poder cantar, para suavizar el cuerpo y la boca. Al cantar uno no debe dudar porque al tomar huanto se sabe todo.

Mi papá murió brujeado, entonces me prepararon yajé y tomé cuatro días seguidos, sin descansar porque no me daba sueño. Así hice. Solo cuando las otras personas me preparaban para tomar. Las personas jóvenes cuando salen de sabios suelen tomar parados, caminan por el espacio libre de la casa, orgullosos. Con la taza de yajé en la mano, tomando y cantando, porque a uno no le coge la borrachera. No es uno el que está tomando, los que toman son los ángeles. Cuando yo tomaba terminaba la olla de yajé bien cocinado a la madrugada sin amanecer el día siguiente. Para chumarse uno debe tomar el final cuando el yajé termina.

El yajé se toma en la oscuridad, solo teniendo el fogón sin prender la lámpara.

8° Guerra con los Tetetes

Durante muchísimo tiempo los Tetetes vivieron en Zancundo Cocha junto a los sionas. Una noche cuando estaban tomando yajé, de pronto se formó una laguna, la mitad de los tetetes quedaron dentro, los demás huyeron.

Ese grupo de fugitivos se instaló en la bocana del Cuyabeno, allí hicieron sus casas y chacras y permanecieron tiempo. Los sionas se fueron dos vueltas más arriba que ellos en el Aguarico. Se visitaban mutuamente. Un día cuatro tetetes llegaron a casa de los sionas a saludar, llevaban sus lanzas porque nunca las abandonaban ni siquiera para hacer visitas. Sucedió que estaba solo un siona, los demás estaban de cacería o en las chacras. Cuando llegaron, el dueño de la casa quiso brindarles siquiera un tabaco y comenzó a prepararlo; lo envolvió con una hoja de plátano y luego fue a prenderlo con un fósforo en vez de usar candela. Pero cuando prendió el fósforo ellos comenzaron a gritar:

- ¡Nos vas a enfermar con el paludismo!

Se enojaron mucho y quisieron matarlo. El se escapó; los tetetes entonces llevaron todas las cosas de la casa: machetes, hachas, hamacas, anzuelos... todo lo que tenían. Embarcaron en sus canoas -que eran bien gruesas yo las he visto en el Aguas Negras- y se fueron.

Cuando regresaron los otros sionas se enfadaron con quien había huido:

- ¿Por qué les brindó tabaco?, ¿usted no sabe que ellos nunca fuman?

Al día siguiente tumbaron unas chontas para preparar lanzas, cuando las terminaron bajaron a matar a los tetetes. Estos les vieron cuando llegaban y les gritaron:

- No hace falta que vengan acá, en la playa mismo nos vamos a encontrar.

En la playa ambos bandos se pusieron en una fila larga, frente a frente, armados con sus lanzas y comenzaron a pelear. Al poco los sionas comenzaron a imponerse, entonces unos tetetes escapaban, otros fueron muertos, algunos quedaban heridos. Uno de ellos, viendo que le manaba mucha sangre se puso como a rezar, se metió el dedo en la herida y la sangre dejó de salir.

Algunos se escaparon por el monte, también corrían las mujeres y los niños porque a ellos no les mataban. Entre los que huían iba una joven con un canasto lleno de loras, al verla un siona le rogó:

- ¿Por qué no se queda a vivir conmigo?
No, -dijo ella- ustedes están matando a mi familia.

En las casas quedaron abandonadas todas las cosas que habían robado a los sionas, estos pudieron recogerlas tranquilamente y regresar a sus casas.

9° Creencias y visiones

Muchos de nuestros jóvenes ya ni siquiera conocen nuestras propias creencias, no saben de los dioses: Paina, Mujú que aspiraban a ser como Ñañé, el dios del cielo, dios de todos, y pelearon con él y perdieron. De tanto como le molestaron estos dioses de la tierra. Ñañé quemó el mundo, todo lo hizo ceniza aunque después lo transformó de nuevo en árboles. Al final les dijo:

- Bueno, les dejo a ustedes porque molestan demasiado, me voy al cielo. -A las personas les dijo- Les dejo a ustedes la tierra que es de muerte, donde yo voy no existe la muerte. Allí hay vida eterna, tanto encima como debajo de la tierra donde hay otro cielo.

Pero ni siquiera todos los secoyas que conocen nuestras tradiciones pueden ver a dios, como es un espíritu no pueden verlo. Solamente los buenos tomadores de yajé pueden llegar hasta él. A mí los ángeles, que nosotros les llamamos Ñiñahuai, me hicieron conocerlo. Yo había tomado bastante y ellos me dijeron:

- Ve a hijo, ve a los dios?

Claro, yo no me acerqué porque donde está dios uno no se acerca solo los ñiñahuai y las personas del cielo que viven allí. Pero oí cómo dios me decía:

- Tú vas a ser curandero, tú vas a tener el poder de curar, pero tienes que amar a las personas para hacerles el bien y nunca el mal.
Eso dijo el dios desde lejos y después:
- Para que pueda curar cualquier enfermedad tome esto.
Y me entregó como un paquete de piedras de sal, me la traían los ñiñahuai y las personas del cielo.

Todo eso yo no pude verlo así como ahora estoy conversando, sino que lo vi estando muerto. Uno se muere tomando mucho yajé para poder conocer todo, se hace espíritu para alcanzar la máxima sabiduría, para conocer más y más. Día y medio estuvo mi cuerpo así hasta que revivió otra vez; aunque respiraba, había perdido de todo el conocimiento para poder ver todo eso. Así pude llegar a conocer.

Primero los ñiñahuai me dijeron:

- No te acerques.

Después me llevaron de la mano y vi a dios sentado en un trono no exactamente como una silla. Sus vestidos eran blancos y ¿cómo puedo explicarlo?, la casa parecía toda iluminada, no como las casas de los blancos sino cada cosa

resplandecía. Ese dios se levantó, me tocó en el brazo y dijo:

- Escúpe.

Escupí y esa saliva sonó en el suelo, como una música, sus pisadas sonaban lindo y yo me quedé admirando ese dios de las visiones. Entonces me volvió a decir:

- Nosotros estamos en casa, usted regrese a la suya.

Yo me volteé y regresé en espíritu; ya conocía aquí lo natural. Reconocí mi casa, era de día, había un pájaro que cantaba bonito, trinaba como un ave de dios. Todo fue muy lindo, pero hasta ahí no más puedo contar.

¿Sabe por qué nos hacemos curanderos? Porque el dios cuando llega uno le lava la boca, se la enjuaga, entonces es ya propiamente curandero. Los brujos no han llegado a dios, esos no son doctores. Hay veces que por hacerse curanderos se sientan a curar, pero en vez de eso maldicen y matan a los enfermos. Pero a mí me lavó la boca con sal, eso es símbolo de curaciones. Mi saliva sonó como música y se convirtió en oro.

Miguel Ángel Cabodevilla.

Misionero capuchino de la Diócesis de Azuarcito, Amazonia Ecuatoriana. Actual Director de CAME (Centro de Investigaciones Culturales de la Amazonia Ecuatoriana.